

piente raras veces tiene consecuencias fatales en el hombre, y en efecto, Bennett recuerda algunos casos de personas mordidas por la misma, que se restablecieron por completo sin ayuda de medicación alguna. Sin embargo, está fuera de toda duda que, desgraciadamente, la inoculación del veneno del pseudoequis produce siempre, si no la muerte, los mas graves trastornos en la economía del individuo. «Un colono de las inmediaciones del río Clarence, según el citado naturalista, sabiendo que se había introducido en su casa una serpiente negra, la buscó y se dispuso, armado de un buen garrote, para matarla, pero no procedió con la debida cautela y fué mordido en un pié por el reptil. Los efectos del veneno se manifestaron muy pronto por el desfallecimiento y soñolencia de que fué presa el paciente. Administráronle espíritu de amoniaco exterior é interiormente, haciéndole incisiones en el sitio de la herida, al propio tiempo que una fuerte ligadura, y obligáronle á andar, no obstante los deseos que mostraba de querer dormir, siendo su aspecto general el de un envenenado por el opio. Permaneció en el mismo estado durante algunas horas, hasta que fué disminuyendo gradualmente el mal, y recobró poco á poco sus fuerzas.» Los negros suelen tratar de un modo parecido á los suyos, cuando se encuentran en igual caso. Despues de haber chupado la herida, obligan al paciente á estar en continuo movimiento, para impedir, según ellos dicen, que el sueño se apodere de él, y contrarrestar la acción del veneno. No desucidan tampoco la parte mordida, que suelen cauterizar ó hacer incisiones en la misma, dejando que sangre durante largo tiempo.

A pesar del buen éxito obtenido en casos aislados, no por eso deja de ser una verdad la rapidez y terrible acción del veneno de estas serpientes, comprobada en varios experimentos. Sneathman observó los efectos de la mordedura del pseudoequis en un robusto dingo, cuya resistencia vital es de todos conocida; á las 11 y 35 minutos fué inoculado el virus, y á las 12 el miembro mordido estaba ya completamente paralizado; veinte minutos despues yacía el pobre animal sobre un costado, con la lengua fuera de la boca, y arrojando gran cantidad de saliva; un fuerte temblor agitaba todo el cuerpo, sucediendo despues convulsiones, desfallecimiento y pérdida de los sentidos; hasta que al cabo de una hora y cuarenta minutos, dejó de vivir el dingo. Cuando se examinó el cadáver al día siguiente, solo se pudo distinguir la parte mordida por algunas gotas de sangre que había vertido la herida; el cuerpo no estaba hinchado. Muchos experimentos dieron resultados parecidos.

Entre los enemigos naturales de estas serpientes el daceo gigante ocupa el primer lugar, al menos en la opinión de los cazadores é indígenas; también les persigue un gran lagarto con saña y mata gran número de ellas. Cuéntase de este que tiene el mismo don que el mungo, de distinguir varias plantas con propiedades curativas, de las que se sirve cuando ha recibido alguna mordedura de serpiente. Mucho mas eficaz que todos estos enemigos es el fuego, que todos los años se prende á inmensas praderas, para limpiarlas de la yerba seca y convertirla en cenizas que fertilizan aquellas tierras: todos los años millares de serpientes venenosas son víctimas del voraz elemento, y todos los amigos de Australia confían que el aumento de la población y el consiguiente cultivo regular y sistemático de la tierra contribuirán también eficazmente á disminuir de día en día la raza de tan dañinos animales.

LAS NAYAS Ó SERPIENTES DE TOCA—NAJA

CARACTÉRES.—*Cobra de capello* es el nombre que die-

ron los portugueses á una serpiente de Ceilan, extendiéndolo mas tarde á congéneres de la misma que encontraron en Africa. Si bien esta nueva denominación era bastante apropiada, no tenían, sin embargo, necesidad los portugueses de inventarla, pues lo mismo las especies indias que las africanas eran conocidas desde tiempos muy remotos y habían sido ya apellidadas en sus respectivos países; particularmente la originaria del Africa septentrional y oriental había alcanzado gran fama en los anales del antiguo Egipto.

El distintivo exterior mas caracterizado de estas serpientes consiste en que, elevando verticalmente la parte anterior de su cuerpo, pueden ensanchar su cuello en forma de disco, extendiendo las primeras ocho costillas en sentido lateral. En esta postura, coloca siempre la serpiente su cabeza horizontalmente, y en efecto, aparece como si llevara un sombrero redondo, sobre todo mirada por detrás. Sin embargo, solo se recibe esta impresión, cuando se la mira así, mientras que, vista por delante, el disco parece mas bien un escudo, por lo cual debería decirse *cobra de escudo*.

Tienen las nayas el cuerpo prolongado y redondeado, en el centro algo mas abultado; el cuello, cuando el reptil está en su estado normal, poco destacado de la cabeza; esta es pequeña, ovalada y bastante plana, en su conjunto muy parecida á la de las culebras, y la cola, larga, cónica y adelgazada. La escamación consiste en grandes placas cefálicas, en pequeñas escamas dispuestas en filas diagonales en el cuello, y otras colocadas del mismo modo, pero de forma romboidal en el dorso, mientras que la parte inferior aparece cubierta de grandes escudos que se prolongan formando una fila, menos hácia la extremidad de la cola donde se hallan divididos en dos. La abertura bucal es proporcionalmente grande; la dentadura de la mandíbula superior se compone de dos y hasta de tres dientes lisos y sólidos, detrás de los ganchos venenosos asurcados.

El que ha observado estas serpientes, cuando espantadas y encolerizadas á la vista de un enemigo, y en particular del hombre, levantando verticalmente parte de su cuerpo, con el cuello dilatado, reptando majestuosamente, dispuestas siempre al ataque ó por lo menos á la defensiva, hácia el objeto que ha excitado su furor, con la parte levantada del suelo tiesa y derecha como una columna y funcionando poderosamente todos los músculos del resto del cuerpo; el que ha observado, repetimos, esos reptiles, y sabe que su mordedura es tan mortal como la de la serpiente de hierro de lanza ó de cascabel, comprenderá que en todas las épocas debieron llamar la atención de los hombres, explicándose porqué se les tributaban honores divinos, utilizándolas para engañar á los hombres que no conocían el carácter y las particularidades de la serpiente.

Un sér tan extraño por su estructura y su índole debía excitar la curiosidad de todo pensador; y la experiencia de los efectos mortales de su mordedura proporcionó al ambicioso sacerdote ó al astuto farsante el medio de presentar el reptil como imagen de una deidad. ¡El milagro empieza allí donde la razón deja de ser!

LA SERPIENTE DE ANTEOJOS—NAJA TRIPUDIANS

CARACTÉRES.—La *cobra de capello*, ó sencillamente *cobra*, la serpiente de anteojos ó *tshintina-négu* de los indios, es un ofidio de 1^m,40 á 1^m,80 de longitud y de un color amarillo oscuro que á cierta luz presenta un viso ceniciento azulado; este color parece sin embargo mas pálido porque los intervalos de las escamas son de un amarillo claro ó blancas, coloración que se extiende á menudo por los ángulos de al-

gunas escamas. En la nuca domina el matiz mas claro, y allí se ve un dibujo que representa con bastante exactitud unos anteojos; están figurados estos por dos líneas negras que rodean una superficie blanquizca, y las partes que corresponden á los lentes, ó aparecen completamente negras ó con un punto claro en el centro. Los escudos abdominales son blanquizcos, y algunos manchados de negro (fig. 75).

Los indígenas, que tienen ocasión de ver mas á menudo y mas de cerca estos ofidios, distinguen numerosas variedades de la serpiente de anteojos. Russell, que es el autor que mas detalladamente ha descrito esta serpiente, hace mención de diez variedades. El *arigi-négu*, que vive en la costa de Coromandel, tiene los anteojos negros, orillados de gris, y dos manchas negras ovaladas debajo del cuello; el *kendum-négu*, originario del mismo punto, presenta la coloración mas oscura, la piel amarilla entre las escamas, y el dibujo de los anteojos formado por un doble arco negro; el *mogla-négu*, se distingue principalmente por las manchas grises de las placas occipitales, y las cuatro del centro gris azuladas; el *melle-négu*, de color pardo claro, lleva varios escudos oscuros debajo del cuello, y pequeñas manchas en forma de anteojos; el *kembu-négu*, se da á conocer por los escudos oscuros de la nuca y una coloración general con reflejos azulados; el *ienne négu*, por el color anaranjado del cuello; el *nellele-pem*, por el tinte negro de la misma región, el *korie-négu*, por la estrechez de las placas sincipitales y la anchura de las occipitales, y por último, el *senku-négu*, difiere de todos los demás por no presentar dibujo ó mancha alguna en el cuello. Ultimamente se han descrito algunas variedades nuevas.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—La serpiente de anteojos se extiende por toda el Asia del sur é islas adyacentes, exceptuando las Molucas, Célebes, Timor y Nueva-Guinea.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—La naya de anteojos, al igual de casi todas las demás serpientes, no parece depender de localidades determinadas, sino que fija su morada en todas partes donde encuentra una madriguera apropiada y suficiente alimento. Busca con alguna preferencia los nidos abandonados de los térmitas, cuyo hueco le proporciona un buen escondrijo. Dice Tennent que en Ceilan esta es la única serpiente, despues de la llamada «ratonera» (*coryphodon Blumenbachii*), que se acerca á las habitaciones del hombre, atraída sin duda por las cloacas donde espera hacer buenas presas de ratas y ratones. Si no se la molesta, acostumbra permanecer estirada perezosamente delante de la entrada de su escondrijo; pero tan pronto como ve aparecer al hombre, se oculta lo mas pronto posible, y solo cuando se le corta la retirada, suele arrojar sobre su agresor.

Cuando no se excita, como por ejemplo mientras se ocupa en la caza, deslízase por tierra con la cabeza apenas levantada y el cuello no dilatado, pero si se la irrita ó tan solo espanta, toma al punto la posición de ataque propia de estos ofidios. Aunque es serpiente diurna, evita, sin embargo, el calor del medio día ó los ardientes rayos del sol en general, y no emprende sus cacerías hasta última hora de la tarde; entonces parece estar mas contenta, y á menudo vaga todavía á las altas horas de la noche por los contornos. He aquí porqué algunos observadores la consideran como animal nocturno.

Todos los naturalistas que la han observado dicen que los movimientos de la naya son lentos y hasta pesados; sin embargo, es mucho mas ágil de lo que generalmente se le supone, pues no solo sabe nadar, sino que también trepa hasta cierto grado.

Una de estas serpientes, que había caído en un foso, por cuyas paredes perpendiculares no podía subir, estuvo nadan-

do horas enteras con la mayor facilidad, sacando la cabeza y parte del cuello fuera del agua. A veces, suele entrar voluntariamente en el mar. Estando un día el buque de la marina inglesa «Wellington» anclado en la bahía de Cudremele, á un cuarto de milla de tierra, vieron los de á bordo una hora antes de la puesta del sol, una serpiente de anteojos que avanzaba nadando en línea recta hácia el buque, al que se acercó hasta una distancia de doce varas; acosada por los tarugos y otros proyectiles que le arrojaban los marineros, tuvo que regresar mas que de prisa á tierra. Al día siguiente se distinguía perfectamente en la playa el rastro del reptil al salir del agua, y se le podía seguir hasta la espesura inmediata. En otra ocasión mataron á bordo del mismo buque una naya, que solo podía haberse introducido en él subiéndolo por la cadena del áncora, lo cual prueba su agilidad en trepar.

A Tennent le dijeron que una vez se encontró un individuo en la copa de una palmera, «atraído, según se decía, por el jugo que se acababa de extraer»; pero seguramente porque quiso cazar aves ó saquear sus nidos. Con bastante frecuencia se las halla en los tejados de las casas.

El alimento de la cobra se compone solo de animales pequeños, y según parece principalmente de reptiles y batracios; Tennent dice que come lagartos, ranas y sapos; Fayrer dice que los peces y reptiles son la presa preferida. De las noticias del primero de los citados naturalistas reproducidas ya por mí, resulta claramente que este ofidio es peligroso para los pollos, las ratas y ratones; Fayrer dice que también saquea los nidos de las aves visitando sobre todo los gallineros y palomares para buscar los huevos. Hace poco caso de otras serpientes y por lo tanto parece que no las persigue. Bebe mucho, pero también puede resistir la sed semanas y hasta meses enteros sin sufrir daño alguno, según lo han demostrado las observaciones hechas en individuos cautivos.

REPRODUCCION.—Fayrer es entre todos los autores que conozco el único que habla sobre la reproducción, diciendo que la cobra pone hasta diez y ocho huevos ovales, de color blanco, cáscara blanda y tamaño semejante al de los de la paloma doméstica. Exactamente lo mismo que los antiguos dijeron del áspid, dicen los indios de la cobra: macho y hembra se manifiestan mutuamente cierto cariño; donde se encuentra una serpiente de anteojos pronto se descubre otra de sexo distinto, etc.; en una palabra, los sexos viven como si dijéramos matrimonialmente, ó cuando menos en unión. Tennent asegura que tuvo dos veces ocasión de comprobar la exactitud de la antigua leyenda. Mataron en Colombo en el salón de baño del palacio del Gobierno una naya, y al día siguiente apareció en el mismo sitio su «compañera»; sucediendo otro tanto con la que, según hemos referido ya, cayó en el foso de las murallas, pues en la misma mañana se descubrió su «cónyuge» en otro foso inmediato. Ciertamente Tennent no dice si esto sucedió en el período del celo; de modo que no sabemos hasta qué punto obedeció esto á la casualidad.

Los naturales de Ceilan pretenden que los hijuelos no son venenosos antes del día décimotercero despues de efectuarse la primera muda.

Así como en la antigüedad, también hoy la serpiente de anteojos es objeto de una veneración respetuosa y casi divina, representando un papel importante en las leyendas religiosas de los indios. Una de las fábulas mas graciosas de esta clase es la siguiente: «Paseándose una vez Budda por la tierra, y como se durmiese en la parte donde toca el sol del mediodía, presentóse una cobra y extendió su escudo, cubriendo así de sombra al rostro divino. El dios, agradecido á esta solicitud, prometió al reptil una gracia extraordinaria; pero pronto olvidó su promesa y la serpiente se vió obligada

á recordársela, pues precisamente entonces los milanos causaron terribles destrozos entre sus semejantes. Para protegerla contra estas aves de rapiña Budda concedió á la cobra los anteojos de los que aquellas tienen miedo.»

Otra fábula habla de una piedra preciosa, llamada *Nege-Menik-Kya*, que á veces se encuentra en el estómago de la cobra, pero la cual oculta cuidadosamente porque su brillo, imposible de describir, atraería como una luz radiante á todo el mundo, poniendo en peligro al reptil. Así en este como en otros cuentos los indios creen con una devoción digna de reconocimiento.

Durante la estancia de Dellon á Kuranur, poco mas ó menos á mediados del siglo XVII, un secretario del príncipe fué mordido por una serpiente de anteojos, que encerrada en una jaula fué conducida al mismo tiempo que el paciente á la ciudad. El príncipe sintió mucho el percance é hizo llamar á los bramínes, quienes explicaron á la serpiente de un modo conmovedor que la vida del secretario herida era de suma importancia para el Estado. A estos ruegos siguieron las amenazas necesarias: declaróse á la serpiente que la quemarían en una misma hoguera con el enfermo, si su mordedura causaba la muerte; pero el animal divino no hizo caso ni de las súplicas ni de las amenazas y el hombre murió. Una profunda tristeza se apoderó del príncipe; mas al fin ocurrióle la idea de que quizás el muerto se había atraído la ira de los dioses por alguna falta secreta, y que la serpiente solo habría ejecutado una orden divina. Entonces pasearon la jaula por delante de la casa y pusieron en libertad al reptil, pidiéndole perdón con profundas inclinaciones.

Cuando un indigena de Malabar encuentra una serpiente venenosa en su casa, la ruega con muchos cumplidos que salga; si esto no produce efecto, ofrécela alimento á fin de atraerla fuera, y si ni aun con esto consigue su deseo, busca los servidores devotos de una de sus deidades, que mediante el pago de la cantidad requerida, ruegan á la serpiente con instancia. Segun ha reconocido Fayrer, las opiniones de los indos, excepto de algunas castas, no han cambiado hasta hoy día. Muchos indos no matan de ningun modo á una serpiente de anteojos; cuando encuentran una en su casa la tranquilizan como pueden, aliméntanla y la protegen, cual si una ofensa al reptil debiera atraer una desgracia sobre la casa. Si el temor al peligroso y maligno huésped predomina sobre la superstición, y si la cobra ocasiona la muerte de un habitante de la casa, se la coge; pero aun entonces la tratan con respeto y consideración; llevanla á un sitio apartado y se la pone en libertad para que siga en paz su camino.

No debemos extrañarnos que con tal pueblo los sacerdotes y titiriteros puedan hacer muy buen negocio; la ciega multitud considera los artificios de esa gente como magia, y los bramínes apoyan semejante creencia con todas sus fuerzas.

CAUTIVIDAD Y DOMESTICIDAD.—No se puede negar que los aojadores y trotaferías indios proceden con estos peligrosos reptiles de una manera que llega á imponer cierto respeto hasta al europeo mas incrédulo y despreocupado; todo su arte, sin embargo, consiste sencillamente en el exacto conocimiento del modo de ser y de las costumbres y caprichos de la serpiente. Varios autores han pretendido que á la naya de anteojos, lo mismo que á su congénere, el áspid de Egipto, le arrancaban los domadores los ganchos venenosos, para que su mordedura no pudiese dañar; pero ya Davy negó rotundamente esta suposición, y modernos observadores apoyan la refutación de este.

Es posible que los encantadores rompan alguna vez los dientes á esos reptiles, mas por lo regular la cobra conserva

sus armas mortales y las puede emplear, pues aunque la enseñen, difícilmente se la impide morder. La enseñanza se efectúa en realidad; pero seguramente no da por resultado evitar que el reptil haga uso de sus dientes, y solo la agilidad y la destreza del titiritero libran á este del peligro que provoca tan audazmente, aunque no en todos los casos. Muchos de estos hombres pierden su vida heridos por la cobra.

«El aojador, dice Davy, excita á la serpiente golpeándola con una vara ó amenazándola con rápidos movimientos de la mano, y la calma despues con su voz, con ademanes mas lentos y pausados y con golpes suaves. Cuando está irritada, evita el hombre muy diestramente sus acometidas, y solo juega con ella cuando se ha tranquilizado; entonces acerca la frente al reptil y lo toca con su cara. El vulgo ignorante cree que aquel hombre posee un talisman, que le permite manejar impunemente la serpiente; el europeo ilustrado se burla de todo aquello y considera al domador como un charlatan de mala fe, que ha arrancado los dientes venenosos á la serpiente; sin embargo, el engañado es él y el vulgo tiene razón: he examinado repetidas veces estas nayas, y siempre he hallado completa su dentadura. El trotaferías posee en realidad un talisman, no sobrenatural, sino el del valor y de la confianza en sí mismo. Conoce este perfectamente todos los hábitos y las debilidades del reptil, y sabe que no hace uso de sus temibles armas, sino despues de provocado una y otra vez. El que posee la confianza y agilidad de estos hombres puede imitarlos sin temor alguno; yo lo he hecho mas de una vez. Estos titiriteros repiten sus habilidades con todas las serpientes de anteojos, ora recién cogidas, ora cautivas de larga fecha; pero jamás se atreven con serpientes venenosas de otra especie.» «La verdad de los asertos de Davy, añade Tennent, tuvo una triste confirmación durante mi estancia en Ceilan, donde un infeliz titiritero, que habia adquirido gran fama por la habilidad extraordinaria con que manejaba las serpientes, fué mordido por una de ellas en el pecho, y murió de sus resultados el mismo día.»

Rondot trazó una relacion muy interesante de uno de estos espectáculos: «A las seis de la tarde, dice, se presenta á bordo un titiritero indio, pobremente vestido, pero luce un turbante adornado con tres plumas de pavo real y varios collares con escapularios. En un cesto plano lleva encerrada una serpiente de anteojos. Se instala nuestro hombre en la cubierta, nosotros nos sentamos en un banco y los marineros forman corro.

»Destapado el cesto, se ve en el fondo la serpiente enroscada. El indio acurrucado á pocos pasos de distancia, empieza á tocar en una especie de clarinete una melodía lenta, plañidera y monótona. El reptil se mueve poco á poco y acaba por enderezar parte del cuerpo; diríase que está sentado sobre la cola replegada en espiral; no sale del cesto, y comienza á manifestar cierta inquietud; procura reconocer el sitio donde se halla, se agita é hincha el cuello, dilatándolo en forma de disco. Por fin, se muestra irritado, da fuertes resoplidos, mueve con gran rapidez la lengua, y arrojase varias veces con violencia hácia adelante, como si quisiera morder al hombre, sacudiendo al propio tiempo bruscamente el cuerpo. El indio no quita la vista de la serpiente, en la que tiene clavados los ojos con singular fijeza. Al cabo de diez ó doce minutos, la naya parece menos agitada, balancea el cuerpo como si fuera sensible á la cadencia lenta y monótona del músico, pero continúa proyectando la lengua, y gradualmente cae en un estado parecido al de la soñolencia. Sus ojos, que al principio parecían espiar al titiritero para sorprenderle, se presentan ahora, en cierta manera, como si hubiesen perdido toda movilidad y fascinados por la mirada del hombre. El indio aprovecha este momento de estupor del reptil para

acercársela lentamente, sin cesar de tocar su instrumento, y pasa, primero la nariz, y despues la lengua por encima de la cabeza de la naya. Esto no dura mas que un breve instante, pero en el mismo despierta la serpiente sobresaltada, y á duras penas tiene tiempo el aojador para retroceder y esquivar la acometida de aquella, que enfurecida se arroja sobre él.

»Cuando terminaba su trabajo el indio, procurando apaciguar la serpiente, llega uno de los oficiales de la corbeta, y manifiesta el deseo de ver al hombre tocar con la lengua la cabeza escamosa del ofidio. El pobre diablo empieza otra vez su monótona tocata y á mirar con fijeza la naya, pero todos sus esfuerzos son vanos; el animal se encuentra en un estado de exasperación extrema, no hace caso de nada y quiere salir del cesto: no hay mas remedio que bajar la tapa.

»Como dudáramos de que la serpiente tuviese sus ganchos venenosos, ofrecimos un duro al indio para que dejara que aquella mordiese á dos gallinas, y habiendo consentido, fué mordida primero una negra, que murió á los seis minutos, despues de haber vomitado, y luego otra, que solo succumbió al cabo de ocho minutos, si bien la naya le clavó dos veces sus ganchos venenosos.»

El conde Carlos de Goertz refiere, en su «Viaje al rededor del Mundo», de distinta manera este espectáculo. Dice que los aojadores que vió en Madrás, sacaban de sus respectivos cestos las serpientes, cuatro ó cinco á la vez, y cogiéndolas por la cabeza las extendían en el suelo. El «director de la compañía» producía entonces los mas ingratos sonidos con un clarinete singular, que tenia en su extremidad una pequeña calabaza; los animales se erguan al oír tan *melodiosos* acordes, y levantaban cabeza y cuello como cosa de un pié sobre el suelo, miraban al hombre fijamente en la cara é hinchaban el cuello, sin hacer otro movimiento. El indio les presentaba despues el puño delante del hocico, al que se abalanzaban los ofidios como si quisieran morderlo; pero sin abrir la boca. No procuraba este titiritero fascinar con su mirada las serpientes, sino que las cogía de cualquiera manera, y hasta se las colocaba alrededor del cuello, despues de pasarles tambien la nariz y la lengua por la cabeza. Las nayas no bailaban, ni hacían movimiento alguno, pero manifestaban toda la ferocidad y mala índole propias de su raza, y el gran respeto que les inspiraba el domador; de modo que fácilmente se comprendía que las domesticaba haciéndoles morder en objetos duros ó calientes. «Habíanles arrancado, añade el conde, los dientes venenosos, como pude convenirme examinándolas y me confesaron voluntariamente sus dueños.»

El siguiente caso, referido por Johnson, confirma este último aserto del conde de Goertz: «Un indio hacia bailar una serpiente de anteojos de gran tamaño delante de una numerosa concurrencia. Su hijo, niño de diez años, irritó de tal manera al reptil, que este enfurecido, le mordió, causando su muerte al cabo de una hora. El padre aseguraba que era imposible que su hijo hubiese muerto de resultados de la mordedura del ofidio, pues no tenia este dientes, y tanto el chico como él mismo, habían sido mordidos varias veces sin consecuencia alguna. Sin embargo, examinada la naya se encontró que los dientes venenosos arrancados habían sido substituidos por otros, que si bien no despuntaban mucho todavía, fueron lo bastante para causar la herida mortal del muchacho.»

Segun los informes de un indio instruido, publicados por Fayrer, en Bengala hay cuatro clases de gente que coge serpientes para venderlas ó explotar con ellas al público: la primera, y á la vez la mas entendida, es la de los *mal*, casta inferior de los indios que ganan la vida con la caza y venta de serpientes, sin utilizarlas nunca para la magia ó la medi-

cina. Los *mal* son hombres pobres y dignos de compasión, condenados á una vida vagabunda; pero que no roban ni por lo regular infunden sospechas. En el noroeste de Bengala les substituyen los *modaris*, algunos de los cuales van tambien á Calcutta. Rajendrala Mitra, el citado indio, no tuvo nunca ocasion de observar á esos indigenas minuciosamente, y por lo tanto no sabe decir nada de ellos, sino que es fácil confundirlos á menudo con los gitanos, que son titiriteros, juglares, vendedores de yerbas, médicos milagrosos para curar la gota, la parálisis y otros males, maestros en los hechizos y la magia, barberos y cirujanos; asimismo conjuran serpientes; y en general hacen todo lo posible para no ponerse en pugna con los agentes de órden público, pues en realidad son hábiles ladrones, aunque no tengan fama de tales. Distínguense de los *mal* por hacer trabajar tambien á sus mujeres, mientras que los otros se abstienen de ello. Los verdaderos encantadores de serpientes son los *sanyis*, llamados en Bengala *tubriwallahs*: probablemente son originarios tambien del noroeste de Bengala, reconociéndose por su traje amarillo y su gran turbante; llevan tambien la conocida flauta, con la cual, segun dicen ellos, dominan á las serpientes y las hacen salir de sus guaridas. Para purgar una casa de serpientes, llevan varios de esos instrumentos en los anchos pliegues de su ropaje. En su camino se llevan cuanto les viene á la mano, mas á pesar de eso no se les puede condenar como ladrones. Vagan por todo el país, y tan pronto se les ve en el noroeste como en el sur de la India. Los mas antiguos libros del sanscrito hablan ya de ellos, y por lo tanto es posible que su arte date de la mas remota antigüedad. La flauta que llevan debe considerarse como un signo característico, porque no la vemos en los *mal*, ni en los *modaris*, ni en los *bediyas* ó gitanos.

La cobra es la favorita de toda esa gente, porque les parece la especie mas extraña entre todas las serpientes venenosas, y porque gracias á su abundancia jamás carecen de ella los encantadores de serpientes. Tambien tienen á veces alguna naya ofidífaga que posee las mismas cualidades de la cobra, solo que es mas salvaje aun. A los individuos destinados para los espectáculos se les arrancan casi siempre los ganchos venenosos y además se les corta el repliegue en el cual se insertan y en el que se desarrollan los dientes nuevos. Sin embargo, debe confesarse que los encantadores saben manejar muy bien las serpientes que tienen todavia toda su fuerza diabólica: la agilidad que demuestran cogiendo solo con la mano y sin herirse una serpiente venenosa que rápidamente se desliza por la espesa yerba, y el aplomo con que despues la manejan son en extremo admirables. Esos hombres conocen muy bien el peligro á que se exponen, y saben mejor que nadie que no hay antídoto eficaz, aunque pretenden venderlos. Además de las especies venenosas, enseñan tambien serpientes que no lo son, pero nunca sin hacer resonar su flauta.

Además de los titiriteros, los bramínes se ocupan tambien en cazar y domar la serpiente de anteojos. Segun Johnson, los cazadores examinan cuidadosamente todas las cavidades que tienen señales de estar habitadas por las serpientes; cuando han descubierto alguna de estas, empiezan á cavar con mucha cautela hasta dar con ella, procurando entonces sujetarla fuertemente por la cola con la mano izquierda y por el centro del cuerpo con la derecha, la que escurren rápidamente hasta tener cogida la nuca entre el pulgar y el índice. Johnson asegura que de este modo ha visto coger varias serpientes en medio del campo. Además los cazadores van siempre provistos de todos los útiles y medios necesarios, para el caso de una mordedura. Algunos suelen llevar un pequeño brasero, en el que se conserva siempre candente